

# EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cotina (antiguo local del Gobierno Civil)

MURCIA 2 DE AGOSTO DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. . . . . pesetas 1

Fuera, trimestre. . . . . 3

NÓ SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

N.º 693

AÑO IV

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

## LA CANCIÓN DE LA VIDA

Vicente Medina acaba de publicar un libro de versos, digno compañero de «Aires Murcianos» y «Alma del pueblo». Titúlase este nuevo libro «La canción de la vida», y para los que de ello dudaran, constituye elocuente prueba de la variedad de aptitudes del popular poeta.

Sirve de entrada al libro, con el título «De mí mismo», una autobiografía de Medina, escrita á instancias de su traductor de Praga A. Pihhart, para acompañarla á las traducciones á lengua checa de algunas de sus mejores poesías.

Dicha autobiografía es un encanto de sencillez y sinceridad. El poeta nos refiere los episodios de su modesta existencia, desde la niñez. Pudiera titularse, este ingenioso trozo de prosa, «La canción del poeta». «...y yo, que entonces tenía unos ocho años, vendía los periódicos con mi padre, por las calles, las fondas y los cafés, voceando: *La Correspondencia, El Imparcial, El Globo...*»

¡Qué hermosa modestia, qué noble orgullo de su origen humilde, se revela en estos renglones! Medina en su niñez vendía periódicos, esos mismos periódicos que hoy ensalzan su labor poética, de merecida fama nacional.

Siente el poeta murciano, al referir los azares y penalidades de su vida de obrero y de soldado, de hijo del pueblo, esa satisfacción íntima del que todo lo debe á sí propio, á la virtualidad de su esfuerzo, al cultivo de las dotes que Dios le favoreciera, á la santa virtud del trabajo en una palabra.

La primera composición que figura en el nuevo libro de Medina, se titula «A mi musa», y es sin duda de las más hermosas de cuantas constituyen aquel. El poeta invita á su musa, la musa triste y melancólica de los «Aires Murcianos», á que le abandone ó renunciando á sus aceros de dolor los sustituya con otros más placidos y agradables. Por eso la dice entre otras cosas:

Sacrifica tus ingenuos arrebatos...  
Inocente musa, calla  
las verdades afrentosas, las miserias.

(repugnantes,  
lo asqueroso, lo que sangra...)

No repitas tus canciones  
melancólicas y amargas,  
que no dejas á los hartos digerir tran-

(quillamente,  
musa mía!... pobre enferma, del dolor  
(enamorado!...)

Sin embargo, la musa triste, sorda á los requerimientos del poeta, no le abandona ni varía de tono en muchas de las composiciones del libro: unas, ya conocidas, como «Mi reina de la fiesta» y «En la senda», galardonadas con el premio de honor en los Juegos Florales de Cartagena y Murcia; otras que tienen para nosotros todo el encanto y toda la frescura de lo nuevo, de lo desconocido. Tales son, entre otras, «Canto», «Cómo hablan las madres», «La caja linda», «Las acacias», «Sin consuelo».

«La malvasada», es una poesía delicadísima, y aromosa como la sencilla flor que canta.

Apenas huele la malvasada  
de mi balcón,  
pero es sufrida y en todo tiempo  
me dá su olor.

¡Son su alegría la fresca lluvia,  
los aires puros  
y los ardientes rayos del sol!

¡Como una cosa que sufre y ama,  
honda ternura me hace que sienta  
la malvasada de mi balcón!  
Esa nota de tristeza, característica de

la poesía de Medina, que brota de las composiciones arriba citadas, como de la titulada «La cita», —la cita lúgubre de dos almas más allá del sepulcro,— se extingue sin embargo, dejando su lugar á alientos de felicidad y de vida, y de culto entusiasta á la Naturaleza, en otras composiciones del libro, no menos hermosas y que justifican el título de este.

Tales son: «Bendito sol!», «¡He corrido por los campos!», «Benditas ondas», «La canción de las frutas», «La canción de la vida», composiciones todas rebosantes de esa poesía, de ese alma de la Naturaleza que sabe desentrañar y cantar con alientos vigorosos el número de Medina.

Pero tras de estos cantos á la vida, vuelve otra vez á sus tristezas y melancolías, la musa del poeta: sirviendo como de transición, para que el nuevo paso de una á otra nota no resulte violento, la poesía titulada «La canción de la añoranza», en que los marineros danzan alegremente á la vez que les atormenta la nostalgia de los ausentes amores y de los queridos recuerdos.

«La canción del yunque», alegre y argentina, termina bajo el influjo de la muerte, que hace enmudecer al herrero, ahogando en sus labios la hermosa y apasionada canción:

«Nadie, si tú no fueras, me domaría,  
porque soy hierro...  
¡pero es que tú, zagala de labios rojos,  
eres el fuego!»

«La canción de las madres», «La canción de las tristezas», «La canción de los trigos», y «La canción del dolor» son las últimas composiciones del libro, en el que hay á la vez que variedad de tonos poéticos, unidad de pensamiento y de inspiración.

El poeta, que en los comienzos del libro apostrofa á su musa para que le abandone ó cambie sus notas tristes en otras más placidas, que no turben la digestión de los hartos, acaba por reconciliarse con ella y por ceder á sus insistentes requerimientos.

Por eso Medina, que ni aun en sus cantos alegres á la vida, puede hacernos olvidar las melancolías características de su poesía, acaba por reconocer que

No hay fuente como aquella que mana  
para calmar la sed...

Tal es en síntesis «La canción de la vida», verdadero poema en que Medina, el cantor de las tristezas del pueblo, lucha por alejar de su lira la nota del dolor; y se abandona á las expansiones de la naturaleza y á las alegrías del vivir; pero la nota del dolor no le abandona, ni en los campos ni junto á las ondas, entregado con su amada ideal á los placeres de la existencia y al goce de los sentidos; y acaba por imponersele, por atraerlo á sí, por estrecharle, haciéndole proclamar como síntesis de su labor y de sus luchas:

«una canción hay sola: la universal y sublime del dolor!»

(eterna)

F. Bautista Monserrat.

INSTANTANEAS

Batiburrillo

Cese ya la camelancia  
de índole gramatical  
y en donde uno de la infancia  
no discurriría tan mal,

como cierto polemista  
que á analizar se ha metido;  
porque ha perdido la pista  
y está «tocando de oído».

Que digan: «Voy á la Nora»  
y que muden la oración;

porque lo que es hasta ahora  
todos «van á la estación».

Mi juicio definitivo  
lo voy á dejar sentado:  
«la estación» es *hablativo*...  
por lo mucho que se ha hablado.

A una postal que me envía  
un señor de Santander  
á quien yo no conocía  
ni pensaba conocer,

queriendo ser complaciente  
y ganarme su amistad,  
el pensamiento siguiente  
puse de la realidad:

«Como sigan las tarjetas  
imponiéndonos sus fueros  
habrá huelga de poetas  
y habrá motín de carteros.»

Como están las cosas mal  
en lo que son referentes  
á si el pimentón molido  
se mezcla ó no con aceite,  
una vecina devota

de San Blas, está en un brete,  
pues suele alumbrar al santo  
de la manera siguiente:  
Medio pimiento es la lámpara  
donde el combustible mete,  
porque dice que la luz  
es así más transparente.

Cada semana renueva  
la cáscara porque huele,  
habilitando otra al punto  
y así sucesivamente.

Y es lo que dice; si algunos  
llegan á enterarse y vienen,  
me van á tirar al río  
hasta el San Blas; porque pueden  
decir que mezclo, y es cierto,  
el pimiento con aceite.

Dicen que el Ayuntamiento  
para asuntos oficiales,  
ha comprado una tartana  
como el carro de la carne.

En la primera salida  
voló y á poco el alcalde  
que iba dentro, á otro teniente  
le rompo los *parietales*...  
Si así comienzan las pruebas  
bien pueden ya santiguarse

los señores del concejo  
que han de usar ese petate;  
que se encomienden en Cristo  
y que recen una salve,  
porque el mal que ha de matarlos  
ya lo ven los concejales.

Piácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

La luz del amor

El inventor Fernando Odacieux, de la Academia de Ciencias, de París, después de que el sacerdote bendijo su unión con la hermosa María Bertrand, murmuró dulcemente á su oído:

—He comprado un hotel para tí en las costas del Sur. Allí viviremos lejos del ruido ensordecedor de París, y en los días tranquilos recorreremos las playas para que mires tu rostro retratado en el espejo del mar.

Los esposos abandonaron la capital y tomaron posesión del lindo nido de amor que Fernando había comprado.

A los pocos días el joven dijo muy preocupado á su esposa:

—Estoy tan enamorado de tí que no me basta mirarte á los claros rayos del sol que hacen resplandecer tu belleza. Cuando te contemplo de día siento tan inmenso placer que me creo el más feliz de los hombres. Pero enseguida me asalta la idea de que la noche ha de llegar con sus sombras, y éstas besarán entonces tus rosadas mejillas y envolverán tu semblante. Tengo celos de ellas y quiero inventar una luz más brillante que el sol para que nunca dejen de admirarte mis ojos.

María Bertrand clavó sus negras pupilas en las del celoso Odacieux y le preguntó con dulzura:

—¿Y qué nombre vas á poner á su invento?

Fernando permaneció pensativo un momento y enseguida exclamó, encantado de la idea feliz que se le había ocurrido:

—Le llamaré la luz del amor, creada para iluminar á mi niña.

Desde entonces Fernando permaneció largas horas encerrado en su gabinete de química, trabajando en la realización del deseo que había expresado á su esposa; y cuando esta iba allí á buscarle, sin mirarle decía:

—Déjame solo, amor mío. Aquí podría peligrar tu existencia.

La pobre María se alejaba entonces de la estancia del químico, llorando en silencio tan injusto desvío.

Odacieux, por su parte, adelantaba muchísimo en la realización de su idea; pero á medida que despertaban en su alma sus antiguos sueños de gloria, sentía desvanecerse en su corazón la encantadora figura de la mujer por cuyo amor trabajaba.

Una noche, María rompió á llorar en el lecho y Fernando la preguntó con fingido cariño:

—¿Qué te pasa, amor mío?

Ella entonces creyó que resucitaba en su esposo la pasión con que antes la había querido, y buscando sus brazos le dijo mimosamente al oído:

—Fernando; tú no me quieres como antes. Ese invento me ha robado tu corazón por entero. Yo tengo celos de la luz con que has dicho que quieres iluminar á tu niña. No, Fernando, tú no la inventas por mí; tú trabajas para que el mundo te admire.

Fernando no se atrevió á mentir á su esposa y permaneció silencioso.

Desde entonces la desgraciada María pasó días muy tristes, mientras el ingrato inventor permanecía en su estudio mucho más tiempo que antes.

Un día, por fin, Odacieux llamó al gabinete de química á su linda mujer y exclamó radiante de gozo:

—Ya he terminado mi obra y ahora te voy á mostrar la nueva luz que pronto admirará el mundo entero.

—¿La luz del amor?—preguntó maliciosamente María.

—Como quieras. Aunque el nombre pueda hacer reír á la Ciencia, accederé á tu deseo.

Fernando mandó sentar frente á sí á su joven esposa, y dando vuelta á una llave, hizo brotar de un pequeño fanal una luz intensísima á cuyos rayos potentes se destacó el rostro angelical de María en toda su grandiosa belleza.

Pero entonces se produjo en la estancia una explosión formidable, y lanzando un grito terrible, el inventor rodó al suelo con los ojos inyectados en sangre. El motor de la luz había repentinamente estallado, y el fruto de los afanos del sabio yacía reducido á pedruzcos.

Fernando fue llevado á su lecho, y allí, arrepentido de haber olvidado por la gloria á su esposa, pasó días muy amargos envuelto en las sombras de que tantos celos había feuido.

Cuando las dudas le asaltaban el alma, preguntaba con triste acento á María:

—¿Me perdonas, amor? ¿Me amas aún como antes?

—La joven le besaba en la frente y le decía amorosa:

—Te perdono y te amo.

El inventor replicaba:

—¡Dios mío, haz que pueda leerlo en sus ojos!

Cuando al fin se despegaron sus párpados, Fernando clavó una anhelante mirada en su esposa. Y al contemplar á María, en cuyos ojos brillaba una luz interior de cariño y placer infinitos, exclamó vertiendo lágrimas de felicidad y ternura:

—Esa es la verdadera luz del amor, la que brota del alma, la que no podría crear ningún sabio.

Y se quedó embelesado, dejando penetrar por sus ojos los rayos de aquella hermosísima luz á cuyo suave calor se fue convirtiendo en masa corriente de lágrimas la esfinge de hielo que la ingratitud y el desvío habían procreado en su alma de sabio.

Jaime Solá.

ocuparse de la transcendente y vitalísima cuestión del día: la referente á la mezcla del aceite con el pimiento.

Así se acordó en la sesión celebrada ayer tarde, á propuesta del alcalde, accidental Sr. García Avilés, y á dicha extraordinaria se llevaron todos los antecedentes pertinentes al caso, según propusieron los concejales Sres. Perez Lopez y Ruiz.

El Ayuntamiento de Murcia, por acuerdo unánime, tiene solicitada de los poderes públicos la prohibición de la mezcla del aceite, y en consonancia con este criterio, reformó recientemente el artículo de las Ordenanzas Municipales, en virtud del cual se consideraba lícita dicha mezcla.

Es, por tanto seguro, que dicha demanda de la representación legal del pueblo de Murcia, será reiterada con toda la eficacia que la preteritoriedad del caso requiere, razonándola para llevar al ánimo del ministro el convencimiento de lo ruinoso que sería para los intereses de la vega de Murcia, que prevaleciera en la resolución ministerial, el criterio del Director General de Sanidad.

Como en el informe del Sr. Pulido, se censura con acritud y menosprecio al Ayuntamiento de Murcia, por su proceder en este asunto, es de esperar que en la sesión referida, se acuerde formular ante el Sr. Ministro de la Gobernación enérgica protesta contra la desconsideración con que en un documento oficial y público, se trata por un funcionario á sus órdenes, á la representación del pueblo murciano.

Aplaudimos la iniciativa del digno alcalde accidental, así como el acuerdo del Ayuntamiento, de intervenir en cumplimiento de su deber, en el pleito entablado y próximo á fallarse entre la pureza de un artículo, principal riqueza de nuestro suelo, y la adulteración que contra ella atenta.

Notas sueltas del informe

El manuscrito de cartas con aceite que figura en el informe del Director General de Sanidad, ofrece datos muy curiosos al lector; y más que las cartas mismas, los ofrece las observaciones que al pie de las mismas estampa el Doctor Pulido.

Un comerciante de Palencia, pide que el pimiento esté elaborado con aceite, «porque de no ser así, no lo quiere de ninguna manera» y el Sr. Pulido pide al lector que advierta en esta carta «la energía del estilo».

De otra carta observa que «es de letra clara».

Otra la considera tan expresiva, que «se debe leer otra vez».

Un comerciante de Arévalo, escribe con admirable frescura: «á mí no me dá cuidado que el Gobernador prohíba echar aceite al pimiento porque lo echo yo aquí». Y esta carta, rebelde para la autoridad, cuyas disposiciones tiene á gala burlar, la pareció al Director General de Sanidad «de una ingenuidad muy elocuente y mercedora de que en ella se fije la atención».

Otro comerciante de Villalón dice que el pimiento que le enviaron sin aceite no se puede vender; y esto—á pesar de su deplorable ortografía—lo considera Pulido como «un laconismo y expresión espartanos».

De otra carta de Buenos Aires, elogia el Director de Sanidad, «la protesta que formula contra la conducta del gobierno español».

En otra dicen, que aunque está prohibido, de Murcia mandan pimiento con aceite. Pulido reproduce esta carta, sin duda para celebrar lo desobediencia á los mandatos de la autoridad.

Un comerciante, de Barcelona, califica de *abusus inuicio* las Ordenes de la autoridad; y el Director de Sanidad reproduce la frase, así con cursiva y todo, para edificación del lector.

De otra carta dice: «Tiene tan mala ortografía como dición clara y lacónica».

De estas observaciones de Pulido, en honor y elogio del manuscrito oleaginoso, pudiéramos citar otros ejemplos; pero nos limitamos á lo dicho, por no incurrir en la nota de *latosos* y porque con ello debe bastar al lector para formar juicio.

## LA CUESTION MORATALLA DEL PIMIENTO

REMITIDO

Sesión extraordinaria

El próximo lunes á las cinco de la tarde, celebrará el Ayuntamiento de esta capital sesión extraordinaria, para

Muy señor mío: El remitido que, suscrito por M., (á quien no puedo dar el tratamiento debido, por las graves sos-

